

Los Sitios Reales como Palacios de jornada

Por JUAN LOSADA



*El Real Sitio de San Ildefonso, nevado, visto desde el polvorín, por Brambilla.
Litografía de Pic de Leopol.*

En octubre de 1984 se cumplió el bicentenario del nacimiento de Fernando VII en el Real Sitio de El Escorial, donde transcurrió parte de su infancia debido a las frecuentes jornadas, en el mismo lugar, de sus padres, los Reyes Carlos IV y María Luisa. Sin embargo, es precisamente a partir de Fernando VII, que contrae matrimonio por última vez con María Cristina de Nápoles en Aranjuez, y fallece pocos años después, en 1833, en otro Real Sitio, La Granja de San Ildefonso, cuando El Escorial empieza a perder la influencia real y política que había conservado en los siglos precedentes, desde la época de su creador, Felipe II, los soberanos que le sucedieron de la dinastía de los Austrias y hasta Carlos III y Carlos IV; puesto que el primer Borbón, Felipe V, prefería ocupar el Palacio madrileño del Buen Retiro mejor que el Palacio Real, destruido por un incendio, ordenando construir el edificio que conocemos en la actualidad, si bien la gran obra no estuvo terminada hasta 27 años más tarde, inaugurada por Car-

los III. Por esta razón, Felipe V presta preferente atención a otros Reales Sitios.

Pero este Rey escurialense, que elevó la villa de El Escorial a la condición de real y la dignificó por su heroísmo contra las tropas invasoras de Napoleón, solamente se recuerda de su paso por El Escorial porque siendo Príncipe nació allí, en 1804, su primera hija, la Princesa María Antonieta, fallecida en Aranjuez por la conspiración que urdió contra Godoy y probablemente sus padres; y porque en 1820, en plena efervescencia los tumultos callejeros en Madrid, como antes en Aranjuez, que venían a representar un anticipo de la inestabilidad política y los sucesivos pronunciamientos, tan impregnados en la historia española del siglo XIX, decidió retirarse al Palacio donde había nacido para acaso meditar sobre su discutida conducta como hombre y monarca, lejos de los consejeros constituidos en «camarilla».

En el siglo XVIII los Reales Sitios, hasta entonces situados en El Escorial, El Pardo y Aranjuez, son sometidos

a profundas recreaciones durante el imaginativo y poderoso reinado de Carlos III, quedando ya así para la posteridad, incluso con la incorporación anterior de los de Riofrío y La Granja, proyectados por Felipe V y su esposa la Reina Isabel de Farnesio. En tres de ellos se abren gozosamente teatros de corte —El Escorial, La Granja y Aranjuez—, permaneciendo en activo el de San Lorenzo después de la restauración realizada por iniciativa privada en 1979, y cedido en alquiler a los Teatros Nacionales del Ministerio de Cultura, organismo que ha desarrollado en los últimos años una labor de representaciones teatrales y musicales de indudable mérito. Si bien el paraje denominado la Zarzuela, en El Pardo, disponía de gran tradición respecto al teatro lírico madrileño.

Palacios y monasterios donde transcurre la historia de España y en los que, con el Palacio Real de Madrid, nacen, viven y mueren los Reyes, Príncipes e Infantes; Reales Sitios en los que abundaba la caza y eran aptos para la montería, uno de los motivos

Retrato de Felipe II,
por Tiziano.



originales de su elección y hoy emporio de historia, arte y cultura, según consta en los excelentes libros-guías de divulgación histórica-artística publicados por el Patrimonio Nacional'. Los Reales Sitios y sus personajes, la vida cortesana y política en cuatro siglos, han merecido una colosal bibliografía, tanto en España como en el extranjero: Altamira, Ballesteros, Menéndez Pelayo, Menéndez Pidal, por citar solamente a los historiadores cuyos textos permanecen vivos; las historias íntimas relatadas por el Marqués de Villaurrutia, los episodios novelísticos de Pérez Galdós; las memorias de los protagonistas —Godoy, Alcalá Galiano, Mesonero Romanos, nobles, secretarios y gobernantes—; los documentos examinados en los archivos relevantes, como trabaja Carmen Llorca para escribir la biografía de Isabel II y tantos otros investigadores de las principales Universidades del mundo.

Estos volúmenes acercan a los lectores contemporáneos a las raíces del esplendor y ocaso de los Reales Sitios, dentro de un asombroso calidoscopio o espejo de sensibilidades y temperamentos humanos como Juan de Austria, Conde-Duque de Olivares, Floridablanca, Istúriz, Mendizábal, Olózaga, Martínez de la Rosa, Bravo Murillo, Miraflores, Osuna, Espoz y Mina, Tamames, Teba, Bedman, Espartero, Narváez, Serrano, Prim, O'Donnell, Padre Claret, Cánovas del Castillo, sor Patrocinio, la famosa y tantas veces teatralizada monja de las llagas... En fin, la mayor parte de las personalidades que gobernaron con los Reyes o tuvieron influencia sobre ellos.

Felipe II se hallaba en El Escorial cuando recibió la noticia de la victoria de Lepanto sobre la escuadra turca, el hecho bélico de mayor importancia en mucho tiempo, entregándole el estandarte arrebatado a los otomanos. A continuación se entrevistó con el vencedor, Juan de Austria, quien, por cierto, organizó en la villa un corrida de toros, no obstante haber prohibido el Papa Pío V tal tipo de espectáculos, estigma papal abolida seguidamente. Este Rey permaneció en el austero Palacio durante catorce años, mientras prodigó las jornadas de temporada. En El Escorial despachó los difíciles asuntos de Flandes, y destituyó al Duque de Alba, Grande de España, como gobernador de aquellos territorios; allí conoció la muerte del Rey Don Sebastián, tan estimado por él, y de su hermano Juan de Austria en el mismo año de 1578, aún no terminado el monumento escurialense, como tampoco cuando se produjo la batalla de Lepanto (1571). Rodeado de frailes jerónimos, de soldados y consejeros, sin olvidar nunca las oraciones religiosas, administró justicia, fomentó la cultura y mantuvo el lamentable absolutismo, propio de su tiempo y lugar en un sitio en el que

reside la biografía de su reinado, la conquista de Filipinas y de América, el desastre de la Invencible, los oscuros episodios de Antonio Pérez y Juan de Lanuza, con el colofón de reprimir los fueros aragoneses. Murió en 1598, depositada la mirada mortecina en el altar de la Basílica.

Un Rey que creaba riqueza

En una de las múltiples guías escorialenses publicadas en el siglo XIX, se escribe que al morir el fundador languideció El Escorial en su condición de residencia real, salvo en las ocasiones de grandes festejos, como la recepción de Felipe III a su esposa Margarita de Austria entre deslumbrantes iluminaciones, las conversaciones de Felipe IV y su colérico y enérgico valido el Conde-Duque de Olivares, las fiestas reales del Corpus, las visitas de príncipes extranjeros y los impresionantes cortejos en los entierros regios. Pero a pesar de las largas temporadas transcurridas en El Escorial por Carlos III y Carlos IV, «declinó hacia el ocaso el destino de la octava maravilla, que pasó de ser eje de la política hispana a simple panteón y plácida morada veraniega».

Sin embargo, ningún historiador pone en tela de juicio la capacidad creadora de Carlos III, el Rey estadista, alcalde, «uno de los más grandes reyes que ha conocido España, seguido por Alfonso XII, a pesar de lo efímero de su reinado, puesto que éste murió pronto en El Pardo» (1885), escribe el ensayista franco-español Michel del Castillo en su investigación novelística *Las lobas de El Escorial*. Carlos III, añade, después de recrearse en los viajes del soberano por los Reales Sitios, ha despertado al reino, le ha puesto de nuevo a trabajar. Por todas partes, bajo su impulso y del competente equipo de ministros, ha creado pueblos como San Lorenzo de El Escorial, El Pardo y La Carolina; se han abierto carreteras, canales, puertos, academias, museos, monumentos; ha alumbrado las calles; ha sembrado jardines; la cultura alcanza cimas jamás alcanzadas hasta entonces. Los astilleros han sido sacados de su largo letargo y la Marina ha vuelto a convertirse, gracias a él, en una de las más poderosas de su época, hace doscientos años; el barco «Santísima Trinidad» es el asombro de Europa. Las naves españolas cruzan el Atlántico cargadas de especias y metales preciosos, sin que los piratas ingleses puedan impedirlo. Crece la economía, la ciencia y las artes, lo que supone una relativa prosperidad de la sociedad española. Al extinguirse su vida en el Palacio Real de Madrid en 1788 (había reinado primero en Nápoles), España y los Reales Sitios adquieren el esplen-

Retrato de Fernando VI.
Por Van Loo



Fachada del Palacio de Riofrio.





El Palacio Real de Madrid por el lado de la calle nueva, obra de Brambilla. Litografía de Asselineau.

dor que su hijo Carlos IV pretende fortalecer. Aranjuez, El Pardo, La Granja y El Escorial se incorporan a la vida cotidiana de los reyes y su corte, sucediéndose en ellos las jornadas reales.

El acceso al sistema montañoso de Guadarrama y la apertura de carreteras que comunicaban Madrid con el norte del país fue una empresa desarrollada por Fernando VI y Carlos III, lo cual beneficiaba también a los Reales Sitios de El Pardo, El Escorial, La Granja y Riofrio. Una de las de mayor tránsito de automóviles de España y la única de la provincia de Madrid con un túnel de peaje de cuatro kilómetros, la carretera de La Coruña o N-VI, fue iniciada en 1749 con una longitud en principio de quince kilómetros, de acuerdo con los detalles descritos por el profesor y geógrafo Valenzuela Rubio en su volumen *Urbanización y crisis rural de la Sierra de Madrid*, publicado en 1976. Sostiene el ilustre profesor que la implantación de un sistema moderno de carreteras es obra de los monarcas ilustrados, y que la primera gran mejora de los accesos a Madrid fue la construcción del camino del Guadarrama, que facilitaba grandemente el cruce de la Sierra por Los Molinos, Guadarrama y Collado-Mediano. El resto del «camino de ruedas» hacia Madrid seguía por

Galapagar a Las Rozas; de él arrancaba el que por Los Molinos y el puerto de Fuenfría llegaba al Real Sitio de La Granja y a Segovia, así como el de herradura para Castilla, que arrancaba del anterior en Las Rozas, y llegaba a Guadarrama por Torrelodones. «Un importante acondicionamiento del camino de ruedas para Castilla fue el realizado por Carlos III para facilitar sus frecuentes visitas al bosque de El Escorial. Aunque Ponz (*Viaje de España*, Madrid, 1788) habla de un camino nuevo de siete leguas desde El Escorial a Madrid y de la construcción de varios puentes, entre ellos el del Tercio (suprimido en la década de 1960, cuando se construye un nuevo tendido sobre el pantano de Valmayor), al menos entre Galapagar y Madrid se trataría de un ensanche y de la construcción de tres casas de postas para comodidad de los que van al Real Sitio cuando S. M. reside en él (pues en tiempos de Felipe II el Rey hacía el viaje por las sendas abiertas por Galapagar y Valdemorillo desde el puente de Segovia madrileño, descansando en ambos pueblos); en cambio, sería reciente el tramo entre Galapagar y el Sitio... Entroncaban ya así en el siglo XVIII, en una ruta de carácter nacional, dos tipos de tráfico de muy distinta naturaleza, y los motivos locales influyen en la

red suprarregional de forma decisiva».

La construcción en 1788 del camino de Navacerrada, desde la Puerta de Segovia del Real Sitio de La Granja hasta la fonda de la Trinidad, donde empalmaba con el camino de herradura para Castilla, corrió a cargo del arquitecto real Juan de Villanueva, con la financiación del Banco de San Carlos². En este sentido, se dice que por aquellos lugares se tramaron las relaciones amorosas de la Reina viuda María Cristina y el oficial de su guardia de Corps Francisco Muñoz, que terminaría en matrimonio secreto. Por ese camino pasó la corte cuando se casaron en La Granja Carlos IV y María Luisa, años antes. Como más tarde Francisco de Asís lo transitaba camino de sus soledades en Riofrio (o en Aranjuez), mientras la Reina Isabel II celebraba monterías en el Real Sitio de San Ildefonso y demostraba su excelente capacidad como amazona. Esta popular Reina, de tan inmenso corazón (Pérez Galdós), envuelta en la vorágine de los conflictos políticos, era asidua frecuentadora, con su corte, de los Reales Sitios durante buena parte de su reinado en el siglo XIX, especialmente en La Granja, lugar en que se gestó la sublevación del mismo nombre que restablecía la Constitución de Cádiz de 1812 con los liberales en el



San Lorenzo de El Escorial desde la cercanía del Campo Santo, obra de Brambilla. Litografía de Asselineau.

poder; donde España firmó un tratado de alianza con Francia, y donde la Infanta Luisa Carlota³ abofeteó al ministro Calomarde, ofendido y educado político que respondió con la célebre frase transcrita al refranero popular:

Manos blancas no ofenden, señora.

En el tiempo de los hidalgos

Pasados los años, las guerras civiles, los pronunciamientos que se continúan en la primera república, Amadeo de Saboya, la disolución de las Cortes por el general Pavía, la restauración de la Monarquía por el general Martínez Campos en Sagunto y la proclamación de su hijo Alfonso XII como Rey; Isabel II regresa del exilio francés el 22 de septiembre de 1876, y permanece unas semanas en el Sitio de El Escorial, Palacio en el que se entrevista con Cánovas del Castillo, en su calidad de primer ministro y de jefe de uno de los dos grandes partidos de la alternativa política. Recibe otras importantes visitas, y asiste a los actos religiosos dentro de una conducta discreta y retirada. El 13 de octubre viaja a Madrid camino de Los Alcázares de Sevilla. Y es precisamente entonces cuando se acentúa el proceso deca-

dente de los Reales Sitios como centros de la actividad cortesana y política, a pesar de algunas excursiones de Alfonso XII y Alfonso XIII. Cuando Su Majestad la Reina Doña María Cristina de Habsburgo-Lorena, viuda y regente, elige San Sebastián para pasar la temporada estival con sus hijos, y construye el Palacio de Miramar (1894), ello supone el final del esplendor de los Reales Sitios.

La fotografía del Conde de Romanones en la estación del ferrocarril de El Escorial, en 1931, representa el símbolo de una imagen que se desvanecía en la historia. El Escorial no sería ya el entronque vivo de la hidalguía, de aquellos hidalgos —*hijos de algo*— que se acercaban a los Reales Sitios para ofrecer su espada al Rey en las guerras y conquistas. Porque hidalgo era aquel que procedía de noble linaje, y había intervenido directamente, o por conducto de sus antecesores, en las grandes aventuras de la Historia a partir de la Reconquista, y que participaron en la construcción del Monasterio escurialense con Felipe II.

Hace doscientos años, cuando desaparece el culto, reformista y creador soberano Carlos III, se contaba un censo de medio millón de hidalgos, la mayor parte de los cuales tenía casi siempre el estómago vacío, pero también

la misma dignidad de los héroes del pasado. Sin fortuna y con las haciendas destartadas, debido a que la Ley les prohibía los trabajos manuales, el préstamo y la usura, incluidos dentro de la ley restrictiva del Mayorazgo, habían sido retirados de las áreas de influencia y poder para terminar recluidos en los confines de la tradición provinciana, paseando por calles y plazas como fantasmas del pretérito. Eran, con Carlos III, que puso el país a trabajar con la inteligencia y las manos de todos los españoles, a lo sumo alcaldes y funcionarios menores de pueblos y villas; blasonados, pero sin un real de vellón en los bolsillos, como los majos, matadores, mendigos, ciegos de los romances, campesinos y artesanos: la otra España. Estaban allí, con la frente alta y soñando en quimeras, en el honor y la gloria guerrera en cualquier lugar del mundo conocido y conquistado, sin comprender que las reformas de Carlos III implicaban trabajo, cultura y desarrollo de las manifestaciones ciudadanas.

Españoles de pura sangre, sin mezcla mora o judía, intransigentes en su visión de grandeza y de conquistas, debían marginarse porque nada tenían que hacer una vez concluida la acción emprendedora. En tanto que los linajudos ingleses de los condados marítimos

Retrato de Carlos III
con traje de caza
(Palacio de Riofrío).



se alistaban en los barcos de la piratería oficializada por Su Majestad, puesto que ya no eran rentables las guerras interiores en Gran Bretaña, los hidalgos hispanos se encerraron en la ensoñación y las tierras de pan llevar que no cultivaban. Habían cumplido una misión altamente ejemplarizadora en su época, pero a finales del siglo XVIII eran personajes de otras calendas. Don Quijote, el hidalgo manchego que trasciende a la literatura universal, expone la sensibilidad y el comportamiento de unos hombres generosos entregados al bien común y a poner ilusión y justicia en la vida de los demás, pero desde soportes imposibles en la modernidad instalada por el Rey ilustrado⁴.

Los hidalgos del primitivo El Escorial no son los mismos cortesanos y ministros de Aranjuez y La Granja, de los teólogos y humanistas del siglo XVI. España se ha puesto a trabajar. En los Reales Sitios se adoptan decisiones de largo alcance, de intrigas, de pactos, de vida plácida y cinegética, de antepasados y fiestas reales. El último Rey que muere en un Real Sitio es Alfonso XII, en El Pardo. En la actualidad, los Reales Sitios son historia, cultura y arte de España al servicio de la Corona y a su través de todos los españoles. En tres de ellos —El Pardo, Aranjuez y La Granja— se han reservado espacios destinados a reyes o presidentes extranjeros en visita oficial en nuestro país y para reuniones internacionales de trabajo de ministros. En El Escorial se halla el Panteón de los Reyes, admirado por millones de turistas culturales, última morada de los protagonistas de la historia hispana. Sin embargo, piensa particularmente el cronista que en el entorno levantado por Carlos III podrían habilitarse históricos edificios para cumplir análogos menesteres de resonancia, especialmente relacionados con la Arabidad, Hispanoamérica y el hispanismo en general.

Escenas en la imaginación

Sin embargo, al hilo de estas reflexiones nos viene a la mente una serie de estampas que pudieron representarse en diferentes épocas en los Reales Sitios, si se permite la licencia imaginativa. Son las siguientes:

Isabel II (1830-1904), después de su amistad con el General Serrano, después de las veladas musicales y teatrales en el Palacio Real de Madrid, en las que intervenía como protagonista, a renglón seguido de la agitación política general, ambiente en que ella parecía sobrepasada, pues la desbordaba el sentimiento popular que arrancaba del pueblo (Pérez Galdós), Isabel II se había reunido en La Granja

con la flor y nata de la nobleza, Duques de Alba, Veragua, Medinaceli, Marqueses de Santa Cruz, de Alcañices, Santa Coloma... Aquel día de septiembre de 1860 paseaban por los preciosos jardines y fuentes del Real Sitio. La Reina no podía vivir sola, necesitaba el concurso de sus amistades, con los que celebraba una montería entre los pinos de la montaña. El caballo que monta la Reina es brioso y bello, que galopa, salta los arroyos y atraviesa los barrancos sin que haya desprendido a la amazona de la montura.

—¡Cuidado, Majestad! —exclama un montero—. Hay una hondonada peligrosa en las Siete Revueltas.

—Descuida, el peligro en Madrid es mil veces superior. Aquí domino perfectamente al animal que me lleva, todo lo contrario que en los salones y despachos, donde los políticos me aturden y me llevan a ningún sitio —pudo responder la Reina.

No había pasado nada. Tampoco ha ocurrido nada sobresaliente cuando los monteros, que conducen una piara de jabalíes hacia el puesto que ocupa Carlos III en el monte de El Pardo, una fría mañana de febrero de 1772. El Rey es un excelente cazador, muy seguro de sí mismo, para quien la moral católica y la honestidad son fundamentos de su vida. Erguido entre los matorrales, dispara sin temblarle el pulso; la pieza ha caído a sus pies, vencedor, como en la vida pública misma.

Fernando VI (1712-1759), por el contrario, ha dejado dormir las preocupaciones del reino por unas horas. Se halla en los fascinantes jardines del Príncipe y el embarcadero real del río Tajo, en el Real Sitio de Aranjuez. Le acompaña la Reina Bárbara de Braganza, nobles y pueblo, almirantes, marineros, soldados, carpinteros de ribera. Se celebra una fiesta náutica y la fantástica escuadra del Tajo, constituida por pequeños navíos y falúas, navega por el cauce fluvial, entre el estruendo de los cañoncitos, las luces que centellean en la noche de aquella primavera de 1750. Fernando VI, en un momento determinado, toma en sus manos un remo y lo hunde en el agua, pero tropieza con otro remo por no haber sabido medir las distancias.

—Lo siento, no estaba conmigo el Marqués de la Ensenada (hombre público de gran talla política).

Y más atrás en el espacio cronológico, Felipe II se halla recapitulando los anales de su imperio en la austera habitación del Palacio de El Escorial, dos años antes de su muerte en aquella estancia oscura, mientras corría un atardecer de 1596. Pensaba en Flandes, en el Tribunal de la Sangre, activo en los Países Bajos, en la violenta represión impuesta por el Gobernador Duque de Alba contra los rebeldes, como la anterior Gobernadora, su hermana

*Isabel II
con traje de amazona.
Litografía de Bernardo López.*



El Palacio de El Pardo, obra de Miguel Angel Houasse.



El Real Sitio de Aranjuez,
la cascada grande y el Palacio,
visto desde la parte de levante, obra de Brambilla.
Litografía de Pic de Leopold.



Margarita de Parma, las victorias militares de los Gobernadores posteriores, Juan de Austria y Alejandro Farnesio, si bien no solucionaron el asunto ni condujeron a una paz duradera impuesta. Recordó al Gobernador que hubo a continuación del Duque de Alba, Luis de Zúñiga y Requesens, recomendado por el asesor real y sabio humanista excepcional, Benito Arias Montano, neoerasmista presente en la Biblioteca del Real Monasterio, que defendía el diálogo, el compromiso liberal en la teología, el pensamiento y la política, firmar la paz con concesiones y libertad religiosa para aquellos rebeldes de un país dominado por la fuerza. En este sentido, la intransigencia del Rey llevó al fracaso, aunque no lo reconociese.

NOTAS

¹ Los Reales Sitios constituyen, efectivamente, una parte notable de la historia de España. El Palacio Real de Madrid y su zona de jardines, los Reales Sitios de El Pardo y Aranjuez fueron utilizados en épocas remotas por los Reyes de Castilla, los Reyes Católicos, Carlos V, Felipe II y los siguientes soberanos. El Emperador y el creador del Sitio de El Escorial transforma-

ron el antiguo castillo como Palacio Real, el primero en 1537 y el segundo en 1561, cuando fijó la Corte en Madrid. Destruído el edificio por el incendio de 1734, Felipe V proyectó un nuevo Palacio que superase en grandiosidad a los demás de Europa, obra de los arquitectos Felipe Juvara y Juan Bautista Sachetti, al estilo francés, como los Reales Sitios de Riofrio (1751) y La Granja (1723), con su estructura y jardines versallescos, obra ésta de Teodoro Ardemans.

El Real Sitio de El Pardo también experimentó grandes reformas y reconstrucciones por orden de Carlos V, Felipe II y los siguientes Reyes, hasta Carlos III y Carlos IV, incluido el entorno de bosques y edificios.

El Real Sitio de Aranjuez, después de las jornadas que pasaron en él los Reyes Católicos, también mereció el aprecio de Carlos V y Felipe II con los mismos arquitectos de El Escorial, Juan Bautista de Toledo y Juan de Herrera. Allí nació su hija Isabel, por lo que organizó múltiples festejos. Felipe V, después de incendios destructores, construyó el nuevo Palacio, incendiado también en 1727, por lo que Fernando VI procuró nuevas obras, como Carlos III con Juan de Villanueva. En Aranjuez nacieron o murieron varios Reyes e Infantes. En 1885 Alfonso XII atendió personalmente a los enfermos atacados por una epidemia, mientras la última jornada regia en Aranjuez se produjo en 1890.

² Respecto a carreteras y transportes, no debe olvidarse que Fernando VI «mandó construir en 1753 una magnífica puerta con tres entradas y hermosas verjas que constituían el acceso principal a la finca, la actual Puerta de Hierro, a donde se llegaba por el camino de El Pardo, proyectado por el arquitecto Ventura Rodríguez,

que lo comenzó en el Puente de Segovia». Carlos III, que amplió considerablemente la finca de El Pardo con terrenos que compró a la Villa de Madrid (1764), Real Sitio que habitó cada año del 7 de enero hasta el sábado de Ramos, así como el Rey Don Juan Carlos I ocupa permanentemente el Palacete de la Zarzuela, dentro de la misma finca, y que fue reconstruido por Carlos IV. Pues bien, en 1902 tiene lugar la inauguración de la línea de tranvías movidas por vapor desde la ermita de la Florida hasta El Pardo, por Puerta de Hierro, siendo la primera vez que los madrileños disponían de un medio de comunicación mecánico para el esparcimiento en el bosque. Tenía once kilómetros de recorrido y había sido financiado por la Casa Real y diferentes nobles. El terreno para la estación y cocheras fue cedido por el Real Patrimonio. Aunque en 1917 fue suspendida por falta de carbón, luego continuó desde el paseo de la Florida o Bombilla y otra desde la plaza de la Moncloa hasta cerca de la Playa por conducción eléctrica. Fernando de Asís muere también en 1902, en Francia, e Isabel II en 1904 en París. Reinaba en España su nieto Alfonso XIII, nacido en el Palacio Real de Madrid en 1886.

³ Sobre la bofetada de la Infanta Luisa Carlota al Ministro Calomarde en 1832 en La Granja, se ha escrito mucho, pero no se ha comprobado todo. Era hermana de la Reina María Cristina y estaba casada con Francisco de Paula, padres de Francisco de Asís.

⁴ Acerca de los hidalgos en tiempos de Felipe II y Carlos III, ver los artículos de este escritor publicados en el diario madrileño *Pueblo* en 1982-83, referidos también a los Reales Sitios, y la historia de Madrid.